

sieur Ouvrard, que iba á Amsterdam á toda prisa, por consecuencia de las extrañas comunicaciones entabladas entre la Holanda y la Inglaterra. Merced á su habitual perspicacia vislumbró Napoleon que, gozando Mr. Ouvrard del valimiento del duque de Otranto y muy ligado con Mr. de Labouchere en materia de negocios, iba á mezclarse en lo que no le atañía, á procurar sorprender algun secreto de la negociacion, quizá á dar consejos que no hacian falta, quizá tambien á plantear alguna especulacion sobre probabilidades de paz. Poseido de tan singulares presentimientos, prohibió á Mr. de Labouchere toda relacion con Mr. Ouvrard, dispuso que se pidieran á aquel todas las cartas cruzadas entre Amsterdam y Londres, y añadió la órden de que se le enviaran á donde quiera que se encontrara durante su viage. Luis tomó la vuelta de Amsterdam sin querer asistir á ninguna fiesta, y menos cuando Napoleon iba á entrar en el territorio recién arrebatado á Holanda.

Después de emplear Napoleon cinco dias en disponer las obras necesarias, y sobre todo las nuevas defensas para hacer imposible la toma de Amberes, ordenó á la flota descender hácia Flessinga, y dándola tiempo de que lo hiciera, fué á visitar los nuevos territorios adquiridos entre el Vahal y el Mosa, así como las plazas de Berg-op-Zoom, Breda, Bois-le-Duc y Gertruidenberg.

En Breda recibió al clero protestante y católico entre las autoridades civiles y militares. Emancipados se hallaban los católicos de la dominacion protestante en estos territorios recién incorporados al imperio, y sin embargo, distaban mucho de estar satisfechos. Al par que el principal ministro

protestante, presentóse con las vestiduras de su estado, hizolo el vicario apostólico con simple traje negro, como si hubiera temido vestirse de ceremonia en semejante coyuntura. Ante la sola actitud de los concurrentes adivinó Napoleon todos sus sentimientos, y mas avezado cada dia al funesto vicio de no contenerse, abandonóse á un arrebato de ira sincera en parte, y en parte calculada. Fingiendo al pronto no ver al vicario apostólico, oyó con benevolencia al ministro protestante, que arengándole con suma sencillez y modestia, le dirigió algunas palabras de resignacion, únicas adecuadas en boca de ciudadanos que acababan de ser arrancados á su antigua patria para incorporarlos á otra nueva, grande, pero extraña. «Señor, (dijo el principal ministro del clero protestante) en nosotros veis los ministros de una comunión cristiana, cuya invariable costumbre es adorar en cuanto acaece la mano de la Providencia y dar al César lo que es del César.»

«Teneis razon, respondió Napoleon deseguida, y redundará en vuestro provecho, pues quiero proteger todos los cultos. Mas ¿cómo, señor, estais revestido con el traje de ceremonia de vuestro ministerio?—Así está en el órden, señor.—¿Es costumbre del pais, sin duda? repuso Napoleon.—Volviéndose al clero católico, dijo: y vosotros, señores, ¿cómo no traeis las vestiduras sacerdotales? ¿Sois procuradores, notarios, ó médicos acaso? Y vos, señor, (dirigiéndose al representante de la Iglesia romana) ¿con qué funciones estais investido?—Con las de vicario apostólico, señor.—¿Quién ós ha nombrado?—El papa.—No tiene derecho para tal cosa. Yo solo dispongo en mi imperio de los obispos

encargados de administrar la Iglesia. Dad al César lo que es del César, no es César el papa, lo soy yo; no al papa, sino á mí ha entregado Dios el cetro y la espada. Vosotros, católicos, sometidos mucho tiempo á la dominacion protestante, habeis sido emancipados por mi hermano que ha hecho iguales todos los cultos: me vais á deber igualdad mas completa. ¡Y empezais por faltarme al respeto! ¡Os quejávais de ser oprimidos por los protestantes! Lo merecíais á juzgar por vuestra conducta, y parece que necesitábais que pesara sobre vosotros una autoridad fuerte; no os faltará de seguro. En la mano tengo la prueba de que desobedecereis á la autoridad civil, negándoos á rogar por el soberano; ya he mandado prender á dos sacerdotes indóciles y quedarán encarcelados. Imitad á los protestantes, que siendo fieles á su fé, son ciudadanos sumisos á las leyes y súbditos leales. ¡Ah! ¡no quereis rogar por mí! (añadió Napoleon con acento de cólera creciente) ¿es quizá porque me ha excomulgado un sacerdote romano? ¿Y quién le habia dado tal derecho? ¿Quién puede aqui bajo relevar á los súbditos del juramento de obediencia al soberano instituido por las leyes? Nadie, y no podeis ignorarlo vosotros, si conoceis vuestra religion. ¿No sabeis que vuestras culpables pretensiones impulsaron á Lutero y Calvino á segregar parte del mundo católico de Roma? Si hubiera sido necesario, si no encontrara yo en la religion de Bossuet los medios de asegurar la independenciam del poder civil, tambien me hubiera apresurado á emancipar la Francia de la autoridad romana y siguiéranme cuarenta millones de hombres. No he querido hacerlo por creer que los principios del

culto católico son conciliables con los de la autoridad civil, pero renunciad á meterme en un convento y á afeitarme la cabeza como á Luis el Benigno. ¡Someteos á mí que soy César! De lo contrario os extrañaré de mi imperio, y os dispersaré como los judíos sobre la haz de la tierra....» Al pronunciar estas últimas palabras la voz de Napoleon era atronadora y su mirada fulminante. Trémulos estaban los infelices sacerdotes que habian provocado esta escena ruidosa. «Sois, (añadió) de la diócesis de Malinas, id á presentaros á vuestro obispo; prestad juramento en sus manos, obedeced el concordato, y entonces veré lo que dispongo de vosotros.»

Esta escena calculada para hacer efecto, lo produjo grande. Trascritas en el mismo instante las palabras de Napoleon y divulgadas con licencia de la policia en la mayor parte de los periódicos del país, causaron impresion suma.

Abarcándolo todo en su actividad, pasó Napoleon á otros objetos. Visitó á Berg-op-Zoom, Breda, Gertruidenberg, Bois-le-Duc; tomó donde quiera resoluciones provechosas y dictadas por su profundo conocimiento de la administracion y la guerra. Al ver tan fértiles en lino y cáñamo aquellas comarcas, decretó que se diera 1.000,000 al inventor de la máquina de hilar el lino. Tambien halló en aquellas provincias diversas fábricas donde salia el paño barato, excelente para las tropas, y dispuso que se consumiera en grande copia. Llegado á las márgenes del Wahal, que presenta una frontera tan poderosa y tan excelente medio de comunicacion interior, sintió inflamarse el impetu de su ambicion por Francia, é imaginó un regla-

mento para asegurar exclusivamente la navegacion del Rhin á los bateleros franceses. Determinó que todo buque no francés, que entrara en el Rhin, descargara en Nimega si venia de Holanda, y si venia de Alemania por el Mein en Maguncia, para que el cargamento fuera trasportado por buques franceses, únicos que podrian navegar aquel gran rio. Napoleon hacia respecto de las aguas fluviales lo que respecto del Océano los ingleses. Ganoso de tener maderas de construccion para Amberes, dispuso que toda la de esta clase que surcara el Rhin se llevara por obligacion á Bélgica y no á Holanda, á donde los holandeses acostumbraban á atraerlas con sus inmensos capitales. Al par formó varios reglamentos para que de Brest, donde por falta de madera se construia poco, fueran á Amberes los operarios que careciesen de trabajo.

Despues de visitar las plazas de la frontera y de trasladarse sucesivamente á las islas de Tholen, de Schewen, de Sur y Nord-Beveland y por último de Walcheren, resolvió que, siendo tan funestas las calenturas en aquellas comarcas, no se guardaran mas que los puestos indispensables, cuidando de elegirlos bien y de proporcionarlos toda la fuerza defensiva de que fueran capaces. En Flessinga dispuso diferentes obras para poner la guarnicion al abrigo del fuego de los buques y abrumar con proyectiles destructores la escuadra enemiga que intentara forzar el gran paso. Viendo las ruinas de Flessinga manifestóse mas justo respecto del desgraciado general Monnet, que había sucumbido recientemente sosteniendo la plaza, y expidió las órdenes mejor entendidas para que nada de lo acaecido se pudiera reproducir en lo venidero. Al

tenor de la observacion hecha á menudo sobre estar menos predispuestos los hombres de edad madura y aclimatados á contraer las calenturas que los jóvenes y recién llegados, decretó una organizacion por cuya virtud la custodia de estas islas habia de ser reservada á los batallones de veteranos y á los coloniales. Quiso que una numerosa escuadrilla de lanchas cañoneras estuviere unida siempre á la escuadra y que los astilleros de Flessinga pudieran recibir hasta veinte navios de linea. Mientras providenciaba estas cosas, su córte daba y recibia fiestas y se ocupaba en la parte frívola del viage, de que él se reservaba la provechosa.

Habiéndose prolongado su mansion en estos puntos hasta el 12 de mayo, remontó el curso del Escalda, no hizo ahora mas que pasar por Amberes, fué á enseñar su esposa en Bruselas, volvió á bajar á Gante y á Brujas, para designar las obras precisas á la izquierda del Escalda, y de allí se dirigió á Ostende, desde donde un ejército inglés que desembarcara hubiera podido marchar sobre Amberes en derechura. Allí señaló Napoleon las obras que podian asegurar á esta plaza fuerza bastante, luego partió hácia Dunquerque, donde ordenó algunas reparaciones, castigó la desidia de algunos oficiales de ingenieros ausentes, visitó el campamento de Boloña, teatro abandonado de sus primitivos proyectos, pasó revistas para infundir inquietudes á los ingleses, se detuvo dos dias en Lila, y por último se trasladó al Havre, ocupándose atentamente en la defensa de este gran puerto. A la caída de la tarde del 1.º de junio estaba en Saint-Cloud de retorno, satisfecho de cuanto ha-

bia visto y mandado, de la acogida hecha á la emperatriz en todas partes, y de las esperanzas que vinculaba al parecer la nacion en esta jóven soberana.

Sin embargo de los numerosos motivos de satisfaccion que le habia proporcionado este viage, lo ponía término con grande enojo, de que era principal objeto el duque de Otranto. Segun Napoleon se lo habia prescrito, pidió el rey Luis á Mr. de Labouchere todos los papeles concernientes á las relaciones con Inglaterra, y creyendo este de buena fé que al proseguir por instigacion de Mr. de Ouvrard las aberturas comenzadas, procedía á tenor de las órdenes del duque de Otranto, y por consiguiente de Napoleon mismo, entregó sin rebozo cuanto habia escrito á Londres y recibido en respuesta. Leyendo Napoleon en el camino los papeles, que le trasmitia su hermano, adquirió por su texto la certidumbre de que la negociacion se habia seguido sin su noticia y en términos que no podian convenirle. Estos papeles no revelaban todo lo acontecido, faltando allí la correspondencia entre Mr. Ouvrard y Mr. Fouché, pero daban suficiente luz á Napoleon para comprender que se habia negociado sin su orden y con instrucciones que diferian de las suyas. Sin que pudiera asegurarlo, sospechaba que Mr. Fouché tenia gran parte en aquellos singulares manejos, sobre lo cual se quiso ilustrar cuanto antes.

Al día siguiente de su llegada, esto es, el 2 de junio, convocó en Saint-Cloud á los ministros. Hallándose Mr. Fouché presente, le pidió sin preámbulo alguna cuenta de las idas y venidas de monsieur Ouvrard á Holanda, de las conferencias con

Inglaterra proseguidas, al parecer, fuera de la accion del gobierno. Además le preguntó al golpe, si sabia algo de tan extraño misterio, si habia ó no enviado á Mr. Ouvrard á Amsterdam, si era ó no cómplice de estos incalificables manejos..... Sorprendido Mr. Fouché, que se reservaba informar al emperador mas tarde de lo que se habia atrevido á intentar, por aquella revelacion repentina y que le cogió tan de nuevas, atacado á quema-ropa con tan embarazosas preguntas, balbuceó algunas excusas respecto de Mr. Ouvrard, y dijo que era un intrigante que se metia en todo, y que no habia que cuidarse de lo que hiciera. Mal satisfecho Napoleon con tales razones, dijo: no se trata de intrigas insignificantes que merezcan desprecio, sino de prevaricacion tan inaudita como la de permitirse negociar con un pais enemigo, sin noticia de su propio soberano, bajo condiciones que este soberano ignora y que tal vez no admitiria. Es un delito que no se debia tolerar ni aun por el mas débil gobierno. Napoleon añadió, que juzgaba lo sucedido tan grave que disponia que Mr. Ouvrard fuera preso inmediatamente. Temiendo Mr. Fouché que de resultas de tal prision se descubriera todo, quiso en vano calmar la cólera de Napoleon y solo consiguió acrecentarla agravando aun mas sus sospechas y haciendo que recayeran sobre el mismo duque de Otranto. Guardóse muy bien Napoleon de encargar á este la prision de Mr. Ouvrard, que tenia determinada de antemano, por miedo de que le proporcionara la evasion, y saliendo del consejo al punto, fió el encargo á su ayudante de campo Savary, ya duque de Rovigo, honrado con toda su confianza y que frecuente-

mente le habia servido, y de ello se puede hacer memoria; para comisiones de esta clase. A las dos ó tres horas ya estaba Mr. Ouvrard hábilmente preso, cogiéndole todos sus papeles, reconociéndose al primer exámen que indudablemente la negociacion fué llevada mas allá de lo que se creyó de pronto, y que Mr. Fouché habia entrado á lo menos por la mitad en la singular intriga que acababa de ser descubierta.

Muy disgustado estaba Napoleon del espíritu inquieto de este ministro, que ya en diversas ocasiones habia tomado una iniciativa desagradable ó excedidose del objeto fijado, como se pudo notar en la primera tentativa de divorcio, en la extension excesiva dada al armamento de los guardias nacionales, y finalmente en esta llamante negociacion con Inglaterra. Aquí veia Napoleon á la vez un espíritu emprendedor de los mas temerarios, y una ambicion de hacer figura que en determinadas ocasiones podia llegar á ser infinitamente peligrosa. Sobre todo descubria en esta impaciencia de celebrar la paz casi á pesar suyo, una censura indirecta de su politica y el deseo de contraer méritos á su costa. Conviene añadir que empezaba á concebir un vago descontento respecto de sus antiguos auxiliares, porque parecia que todos, y especialmente los mas distinguidos, desaprobaban á las claras, y cada uno á su modo, cuanto hacia. Mr. de Talleyrand con sus sarcasmos, el sesudo Cambaceres con su silencio, Mr. Fouché con lo mucho que se agitaba para llevar la paz á feliz término, eran otros tantos censores mas ó menos declarados de la politica ambiciosa é indefinidamente batalladora del imperio. Mas de una vez habia

hecho caer Napoleon sobre Mr. de Talleyrand el peso de su enojo: al silencio del archicanciller Cambaceres respondia con un silencio severo en ocasiones y funesto con especialidad para él mismo, pues se privaba de sus consejos inapreciables, y en cuanto á Mr. Fouché, á quien no protegía una consideracion grande, y rendido sin defensa por causa de su reciente culpa, estaba resuelto á no guardarle contemplaciones.

La correspondencia hallada á Mr. Ouvrard no consentia dudas sobre la parte que en la segunda negociacion de Mr. de Labouchere habia tomado el duque de Otranto. Al dia siguiente, 3 de junio, era domingo. Todos los grandes dignatarios fueron á Saint-Cloud á la hora de levantarse el emperador y para oír misa. Terminada esta, hizo Napoleon que concurrieran á su gabinete los grandes dignatarios y los ministros, exceptuando á Mr. Fouché tan solo, y dirigiéndose á ellos, les dijo: ¿qué idea formaríais de un ministro que, abusando de su posicion, hubiera abierto sin noticia de su soberano comunicaciones con el extrangero, entablado negociaciones diplomáticas sobre bases imaginadas por sí propio, y comprometido así la politica del Estado? ¿Qué pena hay en nuestros códigos para prevaricacion semejante? Al terminar estas palabras miró Napoleon muy atento á cada uno de los asistentes, como provocando una respuesta que le facilitase el sacrificio del duque de Otranto, porque, á vueltas de su omnipotencia, tenia en no poco el desagraciar á este personaje. Buscando los lisonjeros en sus ojos la respuesta que podia mas complacerle, clamaron que era un crimen odioso. Mr. de Talleyrand, que no era blanco de la ira im-

perial ahora, sonreía al descuido: adivinando el archicanciller que de Mr. Fouché se trataba, y persistiendo en su papel habitual de conciliador, aun respecto de un enemigo declarado, respondió que sin duda la falta era grave y merecería realmente severo castigo, salvo si el delincuente se había extraviado por exceso de celo. ¡Exceso de celo (repuso Napoleón) muy extraño y muy peligroso el que lleva á tomar tal iniciativa!... Y á la sazón refirió con gran vehemencia cuanto de monsieur Fouché sabia, acabando por anunciar la irrevocable resolución de destituirle. Acto continuo pidió á los asistentes que para elegir sucesor le ayudaran con sus consejos.

Aquí empezó un gran embarazo para todos, siendo la elección muy difícil de hacer por la inmensa importancia que el ministerio de Policía había adquirido, gracias á la enorme arbitrariedad que el poder ejercía entonces, y á la manera con que supo Mr. Fouché acrecentar esta importancia y hacerla suya. Además todos recelaban no dar con la elección que Napoleón tenia en la mente y contribuir aun de modo indirecto á la destitución de un ministro, que infundía miedo hasta en su desgracia: así repetían como en competencia que para hallar sucesor á un hombre del porte de Mr. Fouché era necesario mirarse mucho. Solo Mr. de Talleyrand, que asistía silenciosamente á esta escena y con una ligera expresión de ironía en su rostro impassible, dijo inclinándose al que tenia mas cerca, y bastante alto para que se le oyera: sin duda Mr. Fouché ha incurrido en gran yerro, yo también le daría sucesor, pero uno solo, y sería Mr. Fouché mismo. Infortunado por esta reunión,

de que no sacaba grandes luces, y de que le resultaba cierta especie de burla por parte de alguno de los asistentes, dejola bruscamente Napoleón, llevándose al archicanciller consigo. ¡Magnífico recurso por cierto (le dijo) el de consultar á esos señores! Ya veis cuan útiles dictámenes se pueden sacar de ellos... Pero no creais ni por asomo que pensé en consultarles sin tomar antes mi partido: mi elección está hecha, y el duque de Rovigo será ministro de Policía. Tanto en el ejército como en asuntos interiores habia experimentado Napoleón la destreza y la audacia del duque de Rovigo, conocia su adhesión firme, sabia que no imitaria a monsieur Fouché, y que tampoco se atribuiria exclusivamente los actos de templanza, cargando sobre el gefe del gobierno los de severidad. Además el duque de Rovigo debia inspirar mucho espanto, y á Napoleón no le venia mal que así fuera. Esta elección inquietó al archicanciller á pesar de todo: sin dejar de hacer justicia al duque de Rovigo y de reconocer que valia mas en la realidad que en la apariencia, objetó el efecto que iba á producir esta policía militar, é indicó, sin atreverse á decirlo á las claras, que la opinión pública empezaba á irse alejando, y que un ministro de Policía con uniforme y botas de montar no era idóneo para atraerla. A estas observaciones respondió Napoleón: ¡tanto mejor! el duque de Rovigo es hombre sutil, resuelto y no malo: se le tendrá miedo, y así le será mas fácil proceder suavemente que á otro. No habia réplica posible, y fuerza es reconocer que entre las elecciones que hizo Napoleón por aquellos días para reemplazar sucesivamente á los personajes insignes de los principios del imperio,

la elección del duque de Rovigo fué la mejor con mucho, pues aunque el elegido moviera á espanto, era inteligente, muy dispuesto, osado, poco escrupuloso sin duda; pero muy distante de perverso, y cuando menos, gracias á su adhesión acrisolada, podía decir la verdad á su amo. Y de seguro no dejó de decírsela en ocasiones con cierta especie de familiaridad soldadesca. Por desgracia la verdad, bajo cualquier fórmula que se adopte para hacerla llegar á oídos de los soberanos, si su espíritu rehusa escucharla, es como ruido inútil é importuno hecho en una puerta que no quiere abrirse.

Visto es como el movimiento de las cosas acababa de dar por tierra en menos de tres años con los dos ministros en la política mas importantes, el de Estado y el de la Policía, Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché. Aunque desempeñado el ministerio de Estado por Mr. de Cadore, con modestia, discreción y cordura, parecia vacante desde que Mr. de Talleyrand lo dejó. Un personaje culto y de exterior muy aventajado, Mr. de Bassano, adicto al emperador, deseoso de prestarle buenos servicios, bien que procurando grangearse su confianza con ser en todo de su modo de pensar, y si cabe esforzándolo mas que él mismo, y que á la manera que Mr. de Talleyrand daba en su casa el tono de la burla, él en la suya daba el del entusiasmo, aspiraba al ministerio de Estado, y para facilitarse las vías hubiera deseado empujar al ministerio de Policía á un amigo personal suyo. Este era Mr. de Semonville, espíritu cínico, osado en las palabras, flexible en las obras, y que de ministro de Policía tenia las doctrinas poco escru-

pulosas, mas no el aplomo, el tacto, la vigilancia y el arrojo. A la caída de Mr. de Fouché habia contribuido Mr. de Bassano, haciéndose eco de mas de un rumor en su contra, y preparaba la subida de Mr. de Semonville, encomiando exageradamente algunos servicios secundarios hechos por este personaje en la negociacion del matrimonio. Pero si en Napoleon, como en todos los hombres superiores, habia algun acceso fácil á la mediata complaciente, no era llano influir con pequeños artificios sobre su espíritu poderoso, y menos cuando se trataba de una elección tan importante á su ver como la de un ministro de Policía. Asi mientras Mr. de Bassano envió á Saint-Cloud á Mr. de Semonville para que estuviera á mano en el caso de que Napoleon se dejara vencer, oyóse muchas veces y con precipitación llamar al duque de Rovigo para que fuera al gabinete del emperador en el instante. Llenas estaban las antecámaras de curiosos llegados á Saint-Cloud con la esperanza de asistir á alguna revolucion en los altos empleos. Al cabo de breve rato, llegó en fin el duque de Rovigo, y supo con grande sorpresa lo que por Napoleon le fué anunciado. Ea (le dijo sin preparación alguna) sois ministro de Policía, prestad juramento, é id á poner manos á la obra. El nuevo ministro tartamudeó algunas excusas modestas de que Napoleon no hizo caso; prestó juramento y cruzó en seguida los aposentos imperiales, donde circulaba la nueva de que el duque de Rovigo era ministro de Policía, y de haber caído en desgracia el duque de Otranto, nueva que produjo muy mal efecto, asi por el que salia del ministerio como por el que entraba en aquel instante. Despues de ha-

ber sido Mr. Fouché tiempos antes de gran provecho por su conocimiento de los hombres, por su indulgencia hácia los partidos, por su destreza en calmarlos y corromperlos, disminuyó mucho sin duda el mérito de sus servicios con su actividad indiscreta, pero el público echaba de menos instintivamente, viéndole caído, al hombre que había aconsejado á Napoleon en sus mejores años: sentía respecto de Mr. Fouché la pena que experimentó antes por Mr. de Talleyrand y aun por Josefina, y dolíase de que desaparecieran así los testigos y los actores de un tiempo que había sido excelente y cuya renovacion se podía temer que ya no se efectura en el venidero.

Aun desgraciado á Mr. Fouché quiso Napoleon indemnizarle de algun modo y nombróle gobernador de los Estados romanos, donde efectivamente podia usar muy bien de su tacto y de su experiencia de las revoluciones. Dos cartas hizo preceder á esta providencia, una pública y consoladora, otra secreta y mas severa. Aquí se transcribe la segunda como mas conforme á la verdad de las cosas.

«SAINT-CLOUD, 3 de junio de 1810.

«Señor duque de Otranto: He recibido vuestra carta de 2 de junio. Conozco cuantos servicios me habeis prestado, y creo en vuestra adhesion á mi persona y en vuestro celo por mi servicio: con todo, sin faltarme á mi mismo, no es posible que os conserve vuestra cartera. El puesto de ministro de Policia exige una entera y absoluta confianza, y esta confianza no puede existir ya, puesto que en

circunstancias importantes comprometisteis mi tranquilidad y la del Estado, cosa que no excusa á mis ojos ni la legitimidad de los motivos.

«Con Inglaterra se ha abierto una negociacion, y con lord Wellesley han tenido lugar conferencias. Este ministro ha sabido que se hablaba de vuestra parte, y tambien ha debido creer que de la mia; de aquí un trastorno total en mis relaciones políticas, y si lo aguantara, caería sobre mi carácter una mancha con que ni puedo ni quiero avenirme.

«El modo singular con que habeis considerado los deberes de ministro de Policia no está acorde con el bien del Estado. Aunque ni de vuestra adhesion, ni de vuestra fidelidad desconfio, estoy obligado á una vigilancia perpétua que me fatiga y á que no puedo sujetarme; vigilancia indispensable por la infinidad de cosas que haceis por vos y ante vos, ignorando si cumplen á mi voluntad, á mis proyectos, ó si contrarian mi política general.

«He querido enteraros directamente de lo que me induce á quitaros la cartera de Policia. No puedo esperar que varieis de proceder, puesto que no han bastado á conseguirlo muchos años hace ejemplos de bulto y testimonios repetidos de mi desagrado, y que, satisfecho de la pureza de vuestras intenciones, no habeis querido comprender que se podia hacer mucho malo con el desigño de hacer mucho bueno.

«Por lo demas en vuestros talentos y vuestra fidelidad tengo confianza completa, y deseo hallar ocasiones de probároslo y de utilizar tales dotes en mi servicio.»

Al salir Mr. Fouché del ministerio cuidó de quemar todos los papeles, con la maliciosa idea de no dejar á su sucesor ninguno de los hilos de la trama harto sutil de la policia. Entrado de súbito el duque de Rovigo en tal departamento sin conocer sus vueltas y revueltas, ni menos sus agentes secretos, por no habérselos Mr. Fouché indicado, sorprendióse de pronto y aun se asustó casi de su situación nueva; mas no tardó en tranquilizarse y en discernir lo que al primer golpe de vista le pareció intrincado y confuso. Poco á poco vió tornar á su lado esos agentes misteriosos, de cuyos informes necesita un ministro de Policia, menos útiles de lo que en general se presume, útiles sin embargo pues sirven no en proporcion de su capacidad propia, sino de la del ministro que los emplea; especie de animales tímidos y hambrientos, como todos los que viven entre sombras, fugitivos al menor susto, repuestos pronto y atraídos por el hambre á la mano que se cuida de alimentarlos. Estos pusieron de seguida al duque de Rovigo al corriente de los ardides, pueriles mas á menudo que peligrosos, á que es preciso atender sin que ocupen mucho la mente, y así este ministro estuvo casi instantáneamente muy al cabo de sus funciones. Hasta empezó á infundir algo menos de miedo, sin que á vueltas de todo adquiriera nunca la autoridad de Mr. Fouché, cuyos penetrantes ojos creia tener cada cual fijos en su persona.

De todas las tramas de que el duque de Rovigo debía buscar el secreto, ninguna inspiraba á Napoleon tanta curiosidad como la de penetrar el fondo de la negociacion proseguida sin su noticia. Absolutamente queria saber el papel que Mr. Fou-

ché, Mr. Ouvrard y Mr. de Labouchere habian representado en esta intriga diplomática. Mr. Ouvrard, rigurosamente incomunicado, fué interrogado muy á menudo: Mr. de Labouchere recibió orden de ir á Paris con todos los papeles que aun tuviera en su poder: confrontádoslos y viéndolos acordes con los hallados á Mr. Ouvrard, y dirigiendo á Mr. de Labouchere las necesarias preguntas, se logró brevemente descubrir la verdad tal como la dejamos expuesta; reconocióse que Mr. de Labouchere se habia portado con discrecion, sinceridad y decoro; que se mezcló en estas aberturas, creyendo obedecer á la voluntad del gobierno; que hasta por una especie de reserva, muy de su genio, no habia ido tan allá como se le decia, y que casi siempre se habia limitado á transmitir las notas enviadas por Mr. Ouvrard; que éste, por entrar en relaciones con el gobierno, y Mr. Fouché por conseguir la paz, habian anudado una negociacion casi abandonada, y excedido las primeras instrucciones de Napoleon con mucho; presentándole como dispuesto á sacrificar lo mismo de que no queria desistir á ningun precio. Lo que ofendió particularmente á Napoleon mas que todo, fué la idea inspirada quizá á Inglaterra de que la queria engañar con dobles ardides, sobre todo de que se prestara á transigir en punto á los reinos dados á sus hermanos, y con especialidad al de España. Queriendo conocer toda la extension del mal, hacia que se investigaran de continuo todos los arcanos de este negocio. Una nueva circunstancia contribuyó á alarmarle sobremanera, y le decidió á convertir la desgracia medio encubierta de Mr. Fouché en pública y ruidosa. Descubrióse que, fuera de las comunicaciones estable-

cidas por Mr. de Labouchere, hubo otras muy anteriores, que suponían mucha mayor audacia, pues no se trataba de una negociacion reanudada y seguida algo mas allá de sus términos regulares, sino de una negociacion espontáneamente entablada por Mr. Fouché y sin el empuje de un asunto ya comenzado. Con efecto, segun ya dijimos, por el mes de noviembre habia elegido Mr. Fouché un mediador llamado Fagan, antiguo oficial irlandés, muy bien emparentado en Inglaterra y amigo de lord Yarmouth, quien le puso en relaciones con el marqués de Wellesley. Habia fundamento para creer que en aquella ocasion mediaron algunas comunicaciones escritas: esta última circunstancia llamó la atención de Napoleón vivamente, dióle en qué pensar mucho, y expidió prontas órdenes á Mr. Fouché para que le entregara todos los papeles que existieran aun en sus manos, haciéndole entrever las consecuencias mas graves, si dejaba de presentar alguno de los documentos pedidos.

Realmente el enviado á que se alude trajo de Lóndres papeles poco numerosos y poco importantes; Mr. Fouché los habia quemado por no ser de interés alguno, y porque ademas aconsejaba la prudencia destruir hasta los vestigios mas insignificantes de iniciativa tan temeraria. Mr. Fouché, á quien se fué á buscar de repente á su posesion de Ferrieres, declaró que habia tenido que quemar muy poco, y que de todas maneras no habia dejado de quemar nada. Sabiéndolo Napoleón, se entregó á los mas violentos arrebatos de ira por temor de que el tenaz disimulo de Mr. Fouché envolviera terribles misterios: quitó á éste el gobier-

no de Roma, y le desterró á su senaduria que era Aix en Provenza (4).

Por lo demas, era facilísimo aclarar las alarmantes dudas concebidas, pues hallábase en París el agente, causa de tantas inquietudes. Mandósele comparecer y respondió sencilla á ingenuamente á todos los puntos, declarando haber visto al marqués de Wellesley, y aun entregando el único documento que recibió suyo. No era mas ni menos

(4) Pocos asuntos hay sobre que los autores de memorias hayan forjado mas fabulas que sobre este. Se ha supuesto con especialidad que Mr. Fouché cayó en desgracia por haberse negado á hacer entrega de las cartas de Napoleón y cartas de gran compromiso. Nada mas inexacto: las cartas de Napoleón á Mr. Fouché eran poco numerosas y de no mayor compromiso que las que escribía á todos sus agentes, y en las cuales, abandonándose á sus impetus naturales, decia á menudo *mandaré cortar la cabeza á fulano ó mengano*, sin pensar en tal cosa. Ademas le importaba poco lo que habia escrito, y no le movia á sonrojo, teniendo tan poca aprension de lo que habia hecho, aun de la muerte del duque de Enghien. La verdad es que se le acaloró mucho el espíritu sobre la ida de Mr. Fagan á Lóndres y creyó que se le hubiera comprometido mas de lo que se le comprometió realmente. Sus órdenes y su correspondencia prueban que la segunda y mas ruidosa desgracia de Mr. Fouché provino de la negativa á hacerle entrega de los documentos relativos á la mision de Mr. Fagan y que ya no tenia. Pero el público, aficionado á los misterios, y sobre todo si son siniestros, creyó, y muchos escritores tan pueriles como el público repitieron, que habia de por medio cartas espantosas, cuya restitution exigia Napoleón, y el negárselas Mr. Fouché dio margen al nuevo estallido de su ira. No hubo nada de esto, ni en todas las suposiciones dichas hay mas que lo que acaba de ser referido.